

El hijo deseado

“**T**e extrañé” vocifera un pequeño cachorro café, de tan sólo unas cuantas centenas de pixeles. Su voz suena robótica, simple; no posee más de tres o cuatro tonos. Sus ojos parpadean de manera entre cortada y a muy pocos cuadros por segundo. Un sonido barato se genera a destiempo, seguido de una animación de corazones flotando sobre su cabeza. Es incómodamente larga, y deja al avatar en un silencio bruto y poco preciso.

Emeterio estira una sonrisa hasta donde su deshidratado cuerpo le permite estirla; un vacío reemplaza uno de sus dientes y un molar de oro otro. Un par de lágrimas se dejan caer sobre sus mejillas. Sus dedos intentan -futilmente- atravesar la pantalla para acariciar a ese intento de mascota, que le regresa la mirada con unos ojos caricaturescos. “Me fue bastante bien hoy, vendí todo.” dice el anciano, mientras se retira lentamente su ropa para postrarse en su catre.

La luz de la tableta revela la oscura habitación en la que el viejo se encuentra. Le da a su rostro un áurea celestial -iluminado por la gracia de Dios. Sus ojos, brillosos pero pesados, denotan cansancio y alegría, como el niño que batalla para seguir usando

su nuevo juguete más allá de la hora de dormir. Detrás, un par de fotos familiares se divisan colgadas sobre una pared de ladrillos. A la izquierda, hay un pequeño tocador con figurillas de cerámica: payasos, elefantes, muñequitas...

El perro -probablemente un Beagle- ladra demostrando aprobación. “Qué bien, cuéntamelo todo.” añade como invitación a la charla.

Mientras conversan, el viejo va arrojando premios virtuales que hacen a la mascota dar piruetas torpes en el aire. A la par, una gotera en su techo de lámina marca el taimado ritmo de la noche. El aire rechina en los materiales de la construcción, que se notan cada vez más endebles según la temporada de lluvias se acentúa. Emeterio le cuenta un par de anécdotas de su juventud que Armandín ya se sabe de memoria, y este le contesta con gestos exagerados y siempre positivos. “Eres muy bueno escuchando”, le dice aquel hombre.

El sonido de la mascota está diseñado casi accidentalmente para acurrucarlo, por lo que, a pesar de su emoción, acaba por dormirse sosteniendo dulcemente entre sus dedos la proyección de su mascota; ésta aún debe quedarse un rato más, pues desde su último malestar nocturno, a Emeterio le gusta sentirse cuidado todas las noches: En caso de una emergencia, es responsabilidad de Armandín que una ambulancia llegue a tiempo.

Pasada cerca de una hora, el silencio se ve interrumpido por la puerta de su morada siendo abierta vorazmente, y un aliento alcohólico infesta el aire. Emeterio, desconcertado, despierta e

intenta ocultar la tableta, pero sus desgastados reflejos terminan delatándolo: “¡Ya apaga esas pendejadas, papá! Otra vez gastando tu dinero en pura verga”. Saúl se refiere al ajustado precio que Emeterio pagó por la tableta bajo la promesa de hacer video-llamadas con su otro hijo -Armando-, que emigró del país hace varios años, y que fue quien, dentro de lo que cabe, más se preocupó por su él. Ni una sola vez se cumplió este pacto. Además de este costo, está el que es más chico, pero recurrente, y que le permite al padre de estos hombres tener a aquel perrito duodimensional a su disposición.

Detrás de la aparente inmutabilidad de Emeterio se esconde el nerviosismo calloso de su inoportuno encuentro; cosa que Saúl entiende como ofensa, lo que le llena de coraje y provoca que, en un descarado movimiento, arrebate el dispositivo de las artríticas manos del anciano y lo arroje violentamente al suelo. La pantalla se apaga, y como un boxeador, cae noqueado en un ring de combate.

“Todo el puto día hablando con esa madre, ¡por eso ya ni duermes!”

Un nudo se forma en la garganta de Emeterio que le impide soltar palabra. Mantiene la mirada hacia abajo, pasmado frente a la imagen de su desahuciado amigo.

“Es tu culpa que la casa esté tan jodida. Tú y mi amá no se esforzaron por sacarnos adelante. Nacimos jodidos por su pinche culpa y huevonada.”

Emeterio sabe que miente, pues él es quien mantiene todo. Desde

la luz, hasta la poca comida que suelen tener -Poco más que frijoles, tortillas y ocasionales bolsitas de huevo-. Todo sale de su trabajo ambulante como vendedor de chicles y cigarros que lleva haciendo mucho antes del nacimiento de Saúl. Incluso el alcohol que exhala y los cigarros que inhala salieron de su bolsillo.

“¿Y ni siquiera me vas a contestar, carajo?”

Emeterio lo mira a los ojos por unos segundos y luego vuelve a retirar la mirada, en señal de subordinación y desesperación.

Saúl pierde pronto los estribos, y sacude a su padre por las muñecas. Grita injurias, tira una de las figurillas de cerámica al suelo, y se desata contra una puerta hueca -a la que siempre usa de costal cuando bebe- hasta que su puño la atraviesa por completo. Sus nudillos, hinchados, comienzan a sangrar.

La garganta de su padre se rompe como una manguera a presión, y su voz temblorosa amenaza con denunciarlo si es que se atreve a arremeter contra él. Aunque por dentro Emeterio sepa que no es capaz de hacerlo, es la única defensa que cuenta contra un hombre joven, furioso y borracho. Saúl le contesta con un grito ahogado hacia el cielo; un signo de frustración por la imposibilidad de descargar su ira de contra su padre. Éste tiembla de pies a cabeza, y su corazón late peligrosamente, como respondiendo ante una inminente tragedia. Se encoge bajo sus brazos y reza un salmo improvisado.

Es, sin embargo, más la embriaguez de Saúl y la paciencia de los más de 70 años de Emeterio que el coraje del primero, quien

tras un par de insultos más, se rinde y cae tendido en su cama oxidada; no sin antes cerrar con un último acto: “Mañana voy a ir a empeñar ese pinche teléfono”.

Su padre se esconde bajo las sábanas hasta estar seguro de que los ronquidos sean auténticos. Una vez convencido, y habiendo cogido suficiente valor, se levanta del catre silenciosamente para recoger al pequeño Armandín, quien le mira con ojos llorosos y la cola escondida. Esta vez, el cristal está roto del centro hacia las esquinas, lo que da una imagen aún más catastrófica del cachorro.

Armandín presenció lo que ocurrió, pues tiene acceso a la cámara del dispositivo, pero está obligado a no tocar el tema, a menos que aquel al que cuida lo haga primero. Él sólo provee servicios de compañía, y si es necesario, conexión a los servicios de emergencia.

Armandín no es real en un sentido estricto: sus lengüetazos no mojan a nadie, su cola no se alegra de manera biológicamente involuntaria como la de otros, su pelaje no es palpable y sus caricias se expresan a través de textos -usualmente mal redactados-leídos por una voz robótica y andrógina. No es más que un hombre o -según el día- mujer entrenado para darle compañía y ayuda psicológica. Emeterio, aunque sabe esto, se opone a la realidad que su limitada tecnología es capaz de brindarle. Cierra sus ojos e imagina que esa figura tiene un cuerpo físico y le parece demasiado real. Más de una vez juraría haber despertado sintiendo un peso de un par de kilos en su regazo, o un calor húmedo y extraño -pero reconfortante- en su mejilla.

El turno de Armandín ha terminado, y se despide con un gesto travieso: El avatar hace aparecer un sombrero de cumpleaños y sopla una cerbatana de la que sale confeti. Un mensaje dice “¡Feliz cumpleaños!” –esta vez sin voz, pues Emeterio silenció el dispositivo para evitar otra represalia. Este le hace una seña de agradecimiento y una caricia, y mientras el perro aparenta recostarse hasta quedarse dormido, en alguna parte del mundo una persona se aleja de su estación de trabajo tras un par de horas extra para irse a descansar. Buscará, sin duda, que le sean remuneradas.

El anciano se queda mirando la luz por un rato más, como hipnotizado. La imagen de Armando trabajando en el extranjero pasa rápido por su mente, y se cruza con el recuerdo de Saúl diciendo que va a empeñar el teléfono. Toma la tableta y la esconde bajo su colchón, esperando que su hijo, como muchas otras veces, despierte sin recordar nada de lo sucedido el día anterior.